

Fascinación sin ventanas

El oído miope

ADRIANA VILLEGAS BOTERO

Alfaguara, Bogotá, 2018, 146 pp.

ESCENARIO DE no pocas obras maestras literarias, la ciudad de Nueva York ha fascinado a los escritores con sus historias de aluvión y fuerza, de guetos y ambición. Ambiente propicio también para que se desarrollen personas y tendencias sin importar dónde nacieron, su impulso ha permitido la consolidación del jazz o de la especulación financiera. Desde las polifónicas narraciones que colorearon la efervescencia de una ciudad que se convertía en la capital del mundo por su política de puertas abiertas y ley de la selva, como *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, en una era de grandes desplazamientos de población (exesclavos que se trasladan del sur al norte del país y europeos que huían del hambre), hasta la disparatada y realista *Cosmópolis* de John DeLillo, en la que un millonario de Wall Street recorre la ciudad en limusina mientras quiebra el sistema.

Se trata de una larga saga de escritores que parecen darse el relevo para seguir explorando la ficción atada a las normas y tradición de esta ciudad de ocho millones de habitantes, rascacielos y horarios enloquecidos. Narradores que no tejen, sin embargo, ninguna tradición y exploran sus propios lenguajes, en cuanto a estructura, perspectiva y personajes. Por hilvanar con textos que de alguna manera, siempre subjetiva, pueden servir de secuencia para llegar al momento en que transcurre *El oído miope*, de Adriana Villegas Botero, hay otras obras en que la ciudad se alza omnipresente para atenzar al migrante.

En orden cronológico inverso serían *Ifigenia en Forest Hills* (2012) de Janet Malcolm, crónica de un asesinato por encargo en Queens que involucra un pareja de bujarías; *El hombre del salto* (2007) de Don DeLillo, que cierra un ciclo de la propia ciudad, sus habitantes atónitos y la literatura que allí existió antes del derrumbamiento de las Torres Gemelas; *La campana de cristal* (1963), primera novela de

Sylvia Plath, de reivindicador feminismo (“para la persona encerrada en la campana de cristal, vacía y detenida como un bebé muerto, el mundo mismo es la pesadilla”, sentencia la poeta casi al final de su tesis); *Llámalo sueño* (1934), novela en la que Henry Roth describe la vida mísera del migrante de la manera más cruda, desde el recuerdo de la infancia, en una obra contundente y sin nostalgia, y la inconclusa *América* de Franz Kafka, que comienza así: “Cuando Karl Rossman, muchacho de dieciséis años a quien sus pobres padres mandaban a América porque había sido seducido por una sirvienta que tuvo más tarde un hijo de él, entraba en el puerto de Nueva York [...]”.

Más de un siglo después de que Rossmann desembarcara, la protagonista de *El oído miope* llega también a Nueva York en otra huida sentimental. En avión, con visa de turista y, al igual que el “dickensiano” personaje de Kafka, acogida por parientes. Ella es colombiana, 31 años, “muy bonita”, abogada, soltera, sin hijos, usuaria del transporte público para llegar desde Queens, donde paga 400 dólares a unos familiares por compartir habitación con un niño, a su curso de inglés y los lugares donde trabaja. Llegó en noviembre y la novela se sitúa en abril.

El personaje de Cristina Mejías distingue a esta novela de tantas otras que abordan la migración hispana en Nueva York, pues la ciudad no subyuga desde el intelecto ni por su atractivo para turistas. En la obra de Villegas, la imposibilidad de disfrutar de dinero y tiempo libre limita a esta mujer que no puede ni tan siquiera pasear ni reconfortarse. Así que su universo se construye sin ventanas. Como la litera superior donde le toca dormir de cara al techo o los sótanos sin ventilación que limpia con tarifas de cuarenta u ochenta dólares.

La mirada de Mejías es la del recién llegado. Por lo que, a pesar de su carestía, está repleta de sorpresa constante. En lo que ve y en lo que extraña. También en lo que escucha. Ese primer impacto solivianta en esos instantes iniciales lo que más adelante será solo cotidianidad. La nieve, las lápidas, la soledad. Su oficio de limpiadora de casas introduce al lector en la intimidad de cuatro ha-

bitantes de la Gran Manzana. Estas intromisiones acercan la narración a la propia ciudad. El apartamento de un hombre maduro con el que ella fantasea; dos hermanos disímiles que comparten casa; una mujer ordenada y en permanente viaje, y una familia judía ortodoxa, rica, amable y estricta. Salvo alguna pincelada en la trama, estos individuos, que podrían haber dotado al relato de pluralidad, son estereotipos sin desarrollar.

Mejías, como la multitud de protagonistas neoyorquinos de otros relatos, busca el éxito, entendido dentro de las expectativas de cada una de estas creaciones. El triunfo de Mejías es quedarse. Permanecer en el lugar al que ha llegado tras un rumor; una esperanza de ruptura con lo anterior, lo abandonado: un trabajo en el que era pieza de una trama de corrupción política y un exnovio al que intenta olvidar. Esa motivación podría parecer nimia y fatua frente a las grandes odiseas, pero este primer escollo lo salva la autora al mostrar sin exaltaciones el fracaso que significa la vuelta. La suya es la historia de los que limpian casas, sirven mesas, atienden aparcamientos de madrugada. De los que expresan lo que pueden con su escaso vocabulario, y no lo que quieren. Los que ensamban palabras, como “janguear” (de “hanging out”), de los que Villegas recoge algunos ejemplos.

El oído miope es la primera novela de la autora, después de “algunos cuentos”, explica la editorial en la biografía de Villegas, periodista, abogada, directora de una escuela de comunicación social. Como primera obra de largo aliento contiene una inteligente perspectiva y recoge un tema infrecuente en la literatura, el de aquellos que suelen ser invisibles. Emplea una correcta narración (en tercera persona, con un omnisciente detallista interrumpido por el intercambio de correos electrónicos con su madre y su mejor amiga) y logra una nítida aunque distante instantánea de la actualidad colombiana.

Hay, no obstante, una debilidad que impregna tanto a los personajes como a la trama. La ausencia de complejidad incluso en la protagonista, cuyos objetivos simples en la metrópoli extranjera (elemento verosímil) se confunden con una nula curiosidad y una gran resigna-

ción (no existe lo “extraordinario” de la persona “ordinaria”, que es lo que merece ser narrado). A Mejías nada le sucede y apenas parece girar la trama en tres ocasiones, sin llegar a lograrlo: cuando le ofrecen trabajo de prostituta encubierta en un bar, cuando usa un vibrador encontrado en una de las casas que limpia y cuando acosa a uno de sus clientes. Después la trama vuelve a enrocarse en la monotonía, acentuada por la descripción día tras día de las tareas del hogar que realiza Mejías, de quien sabemos muy al final que es hija de un hombre asesinado en un atraco. “A esta hora, el joven que mató a su papá ya debe estar encerrado en su celda”.

Como esta cita, existen más pasajes que dan brillo al homogéneo tejido de esta prosa de estilo pulcro y buen dominio del lenguaje. Destacan frases de exactitud evocadora, que perfilan la calidad de Villegas: “Ser extranjero es aprender a convertirte en otra persona”, dice el narrador cuando la protagonista compra documentos falsos y debe inventarse un pasado. O esta que describe el propio libro: “Lucía [la madre] sufriría mucho si pudiera ver minuto a minuto cómo se evapora la juventud de su hija en una sucesión de horas y días sin que pase nada extraordinario”. En resumen, se trata de una primera novela con vocación narrativa que descubre a una autora fiel al detalle y al mundo interior. *El oído miope* habla de la domesticación de la ilusión, en una reiterada épica de la paciencia puesta a prueba por millones de migrantes que, por haber salido, ya no tienen a dónde volver. Para ellos, como para Mejías, el regreso no es posible y el destino común es el mejor de los destinos.

Doménico Chiappe